



Regresar del exilio: una mirada desde la literatura¹

María Florencia Magriñá
Universidad Nacional de Misiones
flor_mag@hotmail.com

La literatura es viaje. Entre las múltiples manifestaciones de este tópico, exploramos el viaje como discurso, como categoría antropológica, como quiebre de la rutina. En este trabajo nos proponemos analizar desde una perspectiva semiótica el viaje de regreso del exilio a partir de la novela “El testigo” de Juan Villoro.

La palabra exilio permite pensar en las distintas connotaciones que se desprenden de este término. Optamos por realizar un abordaje diacrónico a fin de revisar la genealogía del concepto y luego realizar un análisis sincrónico de la novela seleccionada.

Pretendemos reflexionar acerca de cómo es abordada la experiencia humana del exilio desde la literatura, ya que pensamos que los discursos ficcionales presentan una mirada singular sobre los procesos exiliarios. La literatura representa cómo es la vida en estas condiciones, aquello que se gana y que se pierde, cómo funcionan la memoria y la identidad ante la separación de la tierra natal.

Reparamos en que el abordaje de estos procesos despliega – de manera privilegiada- una virtualidad que se basa, sobre todo, en los recuerdos que atesora la memoria.

Juan Villoro es escritor, traductor, periodista y profesor universitario, se lo puede considerar uno de los intelectuales mexicanos más activos de los últimos tiempos. La novela “El testigo” (2004; 2007) es la tercera que ha publicado y es la que hemos seleccionado como corpus de análisis. Con el análisis de la novela buscamos aportar conocimientos sobre el tema del exilio desde la literatura.

Durante la tarea investigativa, emprender la lectura desde lo simbólico nos llevó a trazar conexiones entre las variables de “viaje” e “identidad”. Al salir de viaje, se ha de dejar -por un tiempo- un conjunto de elementos que hacen al arraigo de una persona en un territorio: bienes, afectos, espacios, historias, etc. En términos semióticos diríamos que ir de viaje equivale a cambiar de semiósfera. Se trata de un desplazamiento que implica atravesar fronteras, lo que representa una

¹ Los principales argumentos de esta ponencia forman parte de mi Tesis de Licenciatura en Letras “Odisea en la tierra de los aztecas: la narrativa de Juan Villoro” desarrollada en el marco del proyecto de investigación aplicada “*Literatura entre dos orillas: reenvíos y pervivencias*” y que siguen siendo exploradas en el actual proyecto “*Lecturas intersticiales: cultura, traducciones, identidades*”, ambos pertenecientes a la Secretaría de Investigación y Postgrado de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Misiones, Argentina, 2010- 2011- 2012.

zona de tensión entre la pérdida y la recuperación del espacio que constituye la identidad. En medio de estos procesos se hace propicio y necesario el contacto con lo diferente, por lo cual los límites se tornan más visibles. El encuentro con la alteridad se puede observar de manera singular en el viaje. Ante el contacto con otras subjetividades se requiere de traducción, pues el traspaso de un contexto a otros reclama nuevos lenguajes, nuevos sentidos.

Los problemas y dimensiones que fuimos estableciendo nos llevaron a abordar el exilio como problema complejo desde campo de estudios literarios.

De esta manera, notamos que cuando se produce el regreso a la patria luego de un exilio, los recuerdos ocupan un lugar central y la memoria altera muchas áreas del espacio social. El que regresa busca y genera nuevos discursos, representa la presencia del pasado que irrumpe por los caminos menos pensados.

De todos los viajes que contiene la obra, nos centraremos para el análisis en el del protagonista. Pensamos que es el viaje principal porque Julio Valdivieso regresa a México después de haber estado exiliado en Europa por veinticuatro años.

Exilio

En nuestras indagaciones planteamos a modo de hipótesis de lectura un núcleo temático que nos interesa: el viaje de regreso del exilio. Antes de desarrollar nuestra hipótesis, intentaremos delimitar el vocablo y luego trabajaremos con algunas construcciones que hemos decidido denominar “connotaciones del exilio”.

En las definiciones de diccionarios detectamos cierta intensidad semántica en los términos empleados para definir exilio, donde resultan significativas las nociones de “tierra”-“separación”-“fuera”. Advertimos, por un lado, el valor que tiene para un sujeto la tierra que habita en tanto lugar de arraigo para desarrollar su vida y todo lo que ello implica, y, por otro, lo que desencadena el acto de separación de esta tierra, el hecho de irse “fuera de” su lugar. A su vez, notamos que el intento por precisar el concepto se complejiza porque para definirlo se emplean términos análogos como “destierro” y “expatriación”. Esto nos remite a los motivos que se arguyen para que un sujeto sea exiliado de su tierra: razones políticas. Ante esta miscelánea de vocablos tan próximos pero a la vez distintos, buscamos una mayor precisión a fin de deslindar “exilio” de destierro, ostracismo, expatriación. Estos términos producen un cúmulo semántico que reviste al exilio de una connotación negativa: “pena”, “castigo que debe cumplirse”, “abandono”, “lejanía”, etc. Es decir que resulta una experiencia ligada a lo punitivo, lo que equivale a pensar que se ha cometido cierto delito o falta que debe ser “penada” con la “salida de” la patria, del territorio propio

hacia un lugar “otro”, ajeno y lejano.

El exilio es un término que ha tenido diversas connotaciones a lo largo de la historia y que ha sido estudiado por distintas disciplinas en las Ciencias Sociales. Gran parte de la literatura y del pensamiento durante la historia de la humanidad se ha ido fraguando a partir del exilio. Innumerables hombres y mujeres debieron abandonar su tierra bajo diversas circunstancias y de un modo u otro continuar viviendo en otra parte. Como experiencia humana, sus huellas se hacen visibles-muchas veces- en los discursos ficcionales. En más de una ocasión, en la literatura se resignifican de múltiples maneras estas experiencias.

Aquí proponemos construir ejes en torno a las “connotaciones del exilio” para poder adentrarnos a un análisis de esta temática desde la literatura.

Connotaciones históricas, políticas, culturales y religiosas

El exilio en la Antigüedad: era la pena máxima a la que podía ser sometido un ser humano. En vinculación con la literatura, la Dra. Graciela Fasano (2008) en sus investigaciones refiere sobre este tema que el concepto de exilio resulta fundamental en el pensamiento griego clásico, lo cual se ha plasmado de manera primordial en la épica homérica y en la tragedia del siglo V. Con la continuidad de la cultura griega bajo el imperio romano se habilitó una serie de reflexiones acerca la identidad, la pertenencia y el exilio. Para el mundo griego, el exilio como fenómeno resultó una construcción cultural que ha ido variando en el tiempo, desde la visión socrática que consideraba el exilio como algo vil e inadmisibles para el ciudadano griego, hasta la visión de los estoicos y cínicos que veían el exilio como posibilidad de ejercitar el sustento propio. También destaca Fasano las características que este tema cobró en la épica homérica, donde la distancia de la patria como experiencia del destierro implicaba pérdidas, principalmente de la familia, de los bienes y de los dioses. La autora considera que “Odisea” configura una “poética de la pérdida”, del recuerdo y del anhelo de regreso, que de esta manera inaugura para la literatura occidental la emoción denominada “nostalgia” como estado propio de la situación de soledad y aislamiento al que impulsa el exilio:

nostalgia. (Del gr. νόστος, regreso, y -algia). f. Pena de verse ausente de la patria o de los deudos o amigos. || 2. Tristeza melancólica originada por el recuerdo de una dicha perdida.

Tradicción medieval y Modernidad: Tanto para la tradición clásica -remarca Antonio Tursi (2008)- como para la medieval, el exilio era el peor de los castigos y pena capital del Derecho Romano. En Grecia y Roma el exiliado se veía privado de su tierra patria y por ende perdía todo derecho sobre su familia, bienes y dioses. En el Medioevo, la pena máxima consistía en la

excomuni3n, lo que equivale en el contexto de la 3poca a un exilio en el sentido de vivir “fuera de” la Iglesia. Por ejemplo en la literatura medieval, el “Cantar del Mío Cid” constituye un acontecimiento emblemático del destierro y de las pérdidas que esto acarrea.

En los estados modernos, la expulsión, el exilio y el autoexilio se convirtieron en una práctica frecuente ya sea por motivos políticos o religiosos. Prácticamente toda la historia de occidente está marcada por numerosos casos de exilios.

El exilio visto desde el plano religioso: En este punto, seguimos el estudio realizado por Manuel Duran (2008). Propone tratar el tema en algunas “zonas culturales” a partir de este interrogante: “¿Qué significa, en la historia de la humanidad, el que el exilio haya desempeñado tantas veces un papel tan visible?”

Para intentar dar respuestas a esta cuesti3n, el autor abarca los casos que la religi3n presenta en el libro de la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, ya que reconoce en estos textos que el tema del exilio est3 presente de manera frecuente. El primer caso ilustre es la expulsión de Adán y Eva del paraíso. Y a partir de allí, continúa la historia con el caso de los israelitas en Egipto, que son a la vez desterrados y cautivos. Para la tradici3n judía el exilio est3 fuertemente marcado por el ańo 598 a. C. cuando miles de judíos fueron deportados a Babilonia. En el Nuevo Testamento resulta notoria la huida a Egipto de la Sagrada Familia bajo las amenazas del rey Herodes, que entonces se destierra por alg3n tiempo. Es a partir de San Pablo que la tradici3n judeo-cristiana plantea la existencia humana como un exilio-separaci3n de la verdadera vida (divina) y por lo tanto, la vida presente se concibe como un tiempo de espera, como antesala al paraíso. En el conjunto de cartas de San Pablo que figuran en el Nuevo Testamento, se resalta que la Muerte y Resurrecci3n de Jesucristo son garantía de que todos pueden salvarse y gozar de la vida eterna. En especial, la carta a los Romanos, escrita alrededor del ańo 57, devela la clave de este pensamiento:

“Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros (...) Porque nuestra salvaci3n es en esperanza; y una esperanza que se ve, no es esperanza, pues ¿c3mo es posible esperar una cosa que se ve? Pero esperar lo que no vemos, es aguardar con paciencia” (San Pablo, Romanos 8, 18-25).

Tambi3n los místicos intuyen que la vida presente es un exilio, donde la existencia se encuentra separada de la vida perdurable. Así lo expresa en sus versos Santa Teresa de Ávila: “Vivo sin vivir en mí/ y tan alta vida espero/ que muero porque no muero...”.

Miradas de regreso

Reflexionando sobre estas connotaciones desarrolladas, se puede transponer lo dicho a la novela de Villoro. En “El testigo” la nostalgia se acentúa cada vez que el personaje toma conciencia de su ausencia. Esta pena de verse ausente, enlazada con la certeza de las numerosas pérdidas, se acrecienta cuando puede constatar que la vida ha continuado sin su presencia. Esta nostalgia se despliega más allá de la situación personal y alcanza diversas esferas. Hay nostalgia por todo lo perdido: la tierra, la nación, la cultura, la historia, las instituciones, los derechos, los afectos. Se evoca contantemente un pasado que ya no volverá. Esas pérdidas se entroncan con una explicitación de las carencias que, en algunos episodios, dan lugar a misivos reclamos:

“-¿Sabes lo que le falta a este país? –Rovirosa tenía las mejillas enrojecidas-. Honor. Eso le falta. Julio no quiso contradecirlo. Entre las muchas cosas que le faltaban a algo tan defectuoso como México por supuesto que cabía el honor. Pero resultaba una prioridad algo curiosa (...).

-Nos han jodido. ¿No te da rabia? (...)

-¿Quiénes nos han jodido?- le preguntó Julio.

-Los otros. “El infierno son los otros”, ya lo dijo Sartre, que era un diablo. Este puto país está mal hecho” (El testigo, Pág. 176-177).

Así como la nostalgia por el exilio desemboca en una serie de valores inasibles en el presente, también advierte acerca de las consecuencias que esto apareja para los tiempos futuros.

En la novela el tiempo será percibido en relación a un pasado inconcluso, con la sensación de un presente que fluye hacia atrás, pues todo lo que se va describiendo acerca del estado del país y la sociedad es expresado en términos de retraso y aletargamiento:

“Desde su regreso a México, el pasado fluía hacia adelante y la vida fluía hacia atrás. Demasiadas cuentas pendientes. El cambio (...) parecía una cripta mal cerrada” (El testigo, Pág. 265)

Así recorreremos los pliegues de un pasado inconcluso e incumplido.

De las connotaciones presentadas hasta aquí, se desprende que la temática del exilio ha sido objeto de interés desde diversas esferas y que por su magnitud ha suscitado expresiones tanto intelectuales como artísticas en todas las culturas y en todos los tiempos. Pensamos que el ser humano se constituye como tal por la cultura, lo cual le resulta indisociable: es un ser cultural. Cada cultura tiene su enclave en una tierra, es decir, en un tiempo y espacio determinables. Al revisar a vuelo de pájaro la historia, inmediatamente detectamos infinidad de disputas por la tierra, por el territorio. El hombre necesita de la filiación a la tierra, pues esto le permite afianzar el sentido de pertenencia, la identidad. Allí encuentra sus raíces y desarrolla su vida. Entonces, el exilio viene a ser esta ruptura: arranca de las raíces, echa fuera de la tierra propia a alguien que deberá seguir

viviendo en un espacio otro. Pero el conflicto se dilata a medida que se descubre que se trata de una vida negada: “Copiar no era tan grave como carecer de historia propia. ¿Qué tribunal lo absolvería por no haber tenido vida?” (Pág. 314).

De todas maneras, aunque se tenga la posibilidad de regresar, el exilio nunca concluye. Aún retornando, el anhelo de volver a habitar la tierra para recuperar la identidad es continuo.

Según lo visto, diremos que la situación de exilio en la historia de la humanidad deviene una experiencia humana indeseable y no buscada, representa un estado límite de la existencia que insta una poética del recuerdo y la nostalgia, ya que de cierto modo el exilio sacraliza el pasado. Al respecto, el semiólogo Héctor Schmucler (2008) aborda en un ensayo el tema del exilio como “una marca de la condición humana”:

“El exilio seguramente es algo más que la maniobra que nos permitió seguir viviendo. Tal vez sea una marca de la condición humana: la certidumbre de que hubo un tiempo pasado del que fuimos necesariamente excluidos, al que no podemos volver porque ya no existe y al que no podemos renunciar porque nuestro presente sólo es tal si aquel pasado aconteció alguna vez”. Schmucler (2008).

Tales declaraciones nos ayudan a pensar en la figura del exiliado. Para el sujeto que atraviesa en la vida la situación del exilio, la nostalgia, la tristeza permanente, la angustia y el desencuentro son elementos que lo constituyen. Es por eso que las palabras de Schmucler nos resultan reveladoras: el exiliado es un ser que define su existencia a partir de ausencias. Es un ausente en el pasado que no pudo vivir, permanece ausente en el presente porque vive conjeturando lo que hubiera pasado, cómo hubiera sido su vida si se hubiese quedado. Estas ausencias le impiden considerar un futuro, pues siempre le resultará incierto. Entonces: ¿cómo se construye la figura del exiliado? Visto desde esta perspectiva, el exiliado es alguien que vive entre la versatilidad y la indeterminación, es un sujeto que vive en el “intermedio”, no pertenece “aquí” ni “allá”. La única certeza que tiene es que su exilio es una experiencia irreversible de la que no hay vuelta atrás. Vive en medio de una ambigüedad entre lo trágico de su situación y la esperanza del retorno. Por lo tanto, detectamos elementos insoslayables que se vuelven problemáticos en todo exiliado: la identidad, la memoria y la nostalgia.

Nos parece pertinente reflexionar acerca de cómo se presenta en la narrativa de Villoro lo que ocurre con el exiliado cuando regresa a su tierra. En la novela se apela a la figura del exiliado en tanto sujeto excluido de la sociedad que aprovechará esa condición para producir otros discursos más allá de los que disponga la hegemonía. El exiliado es alguien que mira a la distancia y a la vez distante, lo que observa le resulta extraño y ajeno. Pensamos que tomar esta figura es una estrategia del autor para cuestionar lo establecido, la historia, las instituciones, la política, la cultura, el papel

del intelectual, el rol del escritor, el lugar de América Latina en relación a Europa.

Ahora bien: si antes hemos dicho que el exilio nunca cesa, ni siquiera cuando se puede volver ¿a qué regresa entonces el protagonista? La narración tiene lugar precisamente a partir de este retorno. Podemos conjeturar que el regreso cumple varias funciones en la obra. Tanto la temporalidad como la distancia son factores determinantes para que la realidad produzca un efecto impactante. El caso de haberse ido dos décadas fuera de México posibilita que -ante el regreso- sus formas de percibir difieran de los otros, los que se quedaron en el país. Para que esto fuera posible, primero debieron darse algunas condiciones. Recordemos cuáles han sido los hechos que se concatenaron hasta resultar en un viaje de exilio.

La novela narra la historia de Julio Valdivieso, quien al presente de la narración tiene 48 años. Es un profesor de literatura que durante su infancia vivió en San Luis Potosí y luego en Ciudad de México. La historia de su familia aparece signada por una serie de pérdidas, despojos y frustraciones que se repiten de generación en generación como una suerte de destino inexorable. En su juventud asistió a un taller literario donde conformó un grupo de amigos de los cuales ninguno llegó a ser escritor. Durante la adolescencia mantiene una relación amorosa con su prima, Nieves. Al principio la relación permanece oculta. En este tiempo Julio y Nieves hacen planes para viajar juntos hacia Europa, porque veían en la lejanía el permiso y la redención de su amor. Julio siente como una urgencia el tener que salir de México pues había sido admitido para un posgrado en Florencia y para acceder necesitaba un título. Plagia una tesis de licenciatura y este hecho se constituye en el símbolo de lo peor que había en él, lo que lo marcará como un sujeto “fisurado” por ese “pecado de juventud”. Luego se descubre el romance de Julio y Nieves: “...protagonizaron un escándalo magnificado por las pretensiones de decencia de su familia”. (pág. 38). Ante esto, la sentenciosa frase de la tía Florinda “...nadie se repone de un incesto...” (pág. 43) condicionará de cierto modo su destino. El viaje planeado por ambos se ve frustrado porque no coinciden en el lugar que habían acordado encontrarse para partir a Europa y como consecuencia de este “desencuentro” Julio se va solo.

Nos preguntamos ¿cuál es la verdadera causa que motiva el exilio del protagonista? En general, podríamos hallar ecos de las tragedias griegas en estos hechos, pero creemos que la narración de Villoro se corre de los lugares comunes y produce un viraje cultural y estético al proponer el incesto como desencadenante del exilio. En principio diremos que este no es en sí el motivo. Hemos de recordar que la categoría “exiliado” se asienta no al inicio del viaje sino que es una condición que se asume como tal (si es que se asume) pasado un tiempo en un lugar “otro”. Años más tarde, las posibilidades de volver a México se articulan propiciamente: el protagonista obtiene un año sabático en la universidad donde trabajaba, es convocado para formar parte del

comité directivo de la Casa del Poeta, su esposa y sus hijas anhelaban conocer la tierra mexicana, y, desde el punto de vista político, el PRI había perdido las elecciones, es decir que su vuelta se produce en plena transición.

Cuando llega, lo hace como turista, como extranjero: “*xenos*”, término griego que designa tanto al extranjero -no ciudadano, como a un huésped protegido- refugiado. Conforme prosiguen los episodios de la novela, continúa identificándose como tal: “Dejó su pasaporte en la recepción (seguía identificándose así, como un recién llegado)” (Pág. 388), hasta que decide -hacia el final del relato- quedarse en México, en el desierto: “Supongo que me cansé de ser extranjero. Tampoco aquí encajo muy bien, pero ya me hallaré” (Pág. 428). Habíamos sugerido que el viaje comienza con su regreso. Una vez en su tierra natal iniciará una serie de recorridos hacia el pasado con una mirada particular. Interpretamos que son miradas de regreso que lo ameritan a revisar la historia nacional y la personal, los problemas sociales, la función de los medios masivos, etc. Es una mirada que duda incesantemente, cuestiona hasta lo más nimio porque el haber estado lejos tanto tiempo le hace posarse sobre aquello que a los demás se les escapa, siente desconcierto y le cuesta reinsertarse en un país que encuentra distinto al que dejó. Es una mirada que siente extrañamiento combinado con la nostalgia, su memoria permanece activa pues para él, remover el pasado, se ha vuelto un ejercicio cotidiano, y, a su vez, es mirada que compara, pues han sido más de veinte años “europeos”. Las miradas de regreso cumplen la función de incomodar, porque quien mira es alguien que viene de afuera y para quien el tiempo ha quedado congelado en los recuerdos de su memoria. Entonces cree poder volver al mismo estado de cosas que cuando se fue. Pero es aquí donde el discurso se agita y descorre: el que vuelve ya no es el mismo, el país al que regresa ya no es el mismo. Y esos cambios que notará en el presente necesariamente lo conducen al pasado, pues en todo momento resuenan los ecos de un pasado que reclama atención.

En consecuencia, la mirada contrastiva develará cambios, retrocesos, conflictos históricos, contradicciones, fisuras y un sinfín de posibilidades otras. Mediante un viaje al pasado, en un camino de descenso a la historia, a los recuerdos, en pleno caos posmoderno:

“Mirar de regreso era muy distinto a descubrir; significaba recuperar cosas que decían algo antes y después, detalles hundidos en su memoria, depositados en esa dársena quieta, abrumada de agua negra”(Pág. 210).

“...las ganas que tenía entonces de reventar, arañar y escupir por el exilio y todo lo que no podría olvidar. Lo asombroso fue que olvidó hasta su acento, el tiempo trabajaba de maravilla, eso creía ahora, incluso tenía una honda nostalgia de lo que no vivió, el México perdido que asomaba en los poemas de López Velarde o en una plaza cualquiera, con los globos y sus estallidos de colores. ¿Estaba contento de volver? (Pág. 370).

En los episodios citados, el tiempo alcanza una función central: se presentan en plena tensión las vivencias del pasado y del presente, de modo que la memoria constituye para el exiliado un activo dispositivo desde el cual percibe los hechos, memoria que se posa tanto en los acontecimientos excepcionales como en los detalles.

Entre los temas que se quieren poner de relieve con el regreso, seleccionamos aquí la relación entre la tierra y la figura femenina. Desde el plano simbólico, es posible rastrear en la novela una recurrencia en la identificación de la tierra en tanto nación con los personajes femeninos.

En primer lugar se destaca Nieves. Durante el tiempo de la infancia habían compartido muchos momentos en la hacienda Los Cominos y en San Luis. Años más tarde un episodio familiar cambia sus rumbos. Después se reencuentran y emprenden una relación amorosa. Planean viajar juntos a Europa, pero probablemente Julio equivocó la plaza donde se habían citado, viaja solo y Nieves permanece en México. Finalmente ella se casa, tiene dos hijos, hasta que un día muere en un accidente automovilístico. En la novela encontramos una profusión de alusiones a este personaje femenino, hasta el punto de afirmar: “México era Nieves” (pág. 43). Aquí proponemos que este personaje representa México en el pasado y sus referencias despliegan un campo semántico asociado a todo lo perdido, a los fracasos, lo irrecuperable, las luchas vencidas y a las imposibilidades: “la perdió, sin saber por qué, un alfiler que no se había sacado” (pág. 38). En algún aspecto, representa la fisura que él lleva dentro, es quien le habla en sueños, es un enigma, es todo aquello no resuelto, es lo filiativo, es el arraigo a la vez que el pasado no vivido que ya no puede recuperar. Simboliza el conjunto de acontecimientos históricos del país que implican pérdidas, fracasos, errores y omisiones: “Julio se había quedado con el reverso de la historia, lo que nunca acaba de pagarse ni pierde fuerza, la oportunidad perdida” (Pág. 444). Para que pueda revisar el “México perdido” se hace necesario el paso del tiempo, la lejanía espacial y temporal. Recién entonces puede emprender una búsqueda que le permita entender el presente a partir de los detalles del pasado.

En segundo lugar, Paola. Es una mujer italiana, se dedica a traducir obras. Desde la lectura simbólica emprendida, sugerimos que Paola representa a Europa. Dicho de otro modo: expresa la mirada europea hacia Latinoamérica, mirada que se fragua como posibilidad de exotismo, de acentuada otredad. Muestra una perspectiva que recae en los elementos más estereotipados y prototípicos de México:

“...Paola, en su calidad de traductora al italiano tenía que respirar el español de México, empaparse de la delgada luz del Valle de Anáhuac, conocer las especias, las flores, los coloridos aromas de los mercados” (Pág. 23).

En tercer lugar, Ignacia. Este personaje es incorporado en la trama a partir de la tercera parte

de la novela, en los últimos capítulos, cuando Julio -luego de separarse de Paola- se queda en la hacienda y comienza a frecuentar el desierto. Es una mujer de unos 30 años que vive en la zona de los rancheríos, con tres niños y sin marido. Entonces entabla una relación amorosa con ella: “Era débil y de una fuerza irresistible” (Pág. 427). Las descripciones que se despliegan para aludir a Ignacia giran en torno a algunas representaciones estereotipadas del desierto: la soledad, el silencio, la vastedad del espacio, la naturaleza (el aire puro, la vegetación, etc.). Elementos todos que contrastan con el caos de la ciudad. A partir de esto, leemos que Ignacia representa el México originario, la tierra en su estado más natural y primigenio. Nos resulta significativo el hecho de que tras el viaje de regreso que realiza el protagonista, finalmente decida quedarse en el desierto con la mujer. De esta manera elige volver a su tierra natal y reanudar su vida allí. En este gesto interpretamos una voluntad de volver a las raíces, el exiliado sin un lugar propio busca arraigarse nuevamente.

Con estos recorridos intentamos abordar el tema del exilio desde varias connotaciones en las cuales confluyen la historia, la tradición y la estética. La experiencia del exilio despliega con fuerza su peso histórico, que además de reportar un leit motiv importante en la literatura, puede ser revisada desde su entramado político-ideológico. Nuestras búsquedas se orientan desde una lectura que intenta reflexionar acerca de las implicancias que tiene este hecho en la sociedad contemporánea.

Si Villoro nos propone recorrer desde la mirada del exiliado cierta representación de la realidad latinoamericana, encontramos propicia la ocasión para pensar desde este lugar nuestra cultura. Y esto a su vez nos dispone a dialogar con el pasado, con la tradición, a buscar cuáles son nuestras nostalgias. Creemos que la novela nos expone algunas pinceladas de nuestro tiempo presente, nuestras ciudades, y las formas de vivir la cultura.

Conclusiones

Para terminar, proponemos articular los temas estudiados con los postulados de Yuri Lotman (1996), desde una interpretación semiótica.

El tópico del viaje en la literatura con sus diferentes tipologías es en principio para nosotros un viaje de signos. Interpretamos que la novela “El testigo” reúne una serie de semiósferas que van trazando sus propias fronteras. Esto amerita una lectura del motivo del viaje como metáfora semiótica.

Recordemos que Lotman (1996) define la semiósfera como “continuum semiótico”, cuyo espacio es un lenguaje que constituye una esfera desde donde se hace posible la producción de sentido. Por lo tanto, cada una conforma un universo y un espacio semióticos fuera del cual no existiría la semiosis. Para comprender mejor este funcionamiento, adquiere especial relevancia el concepto de frontera. Si bien el término connota diversos significados, Lotman postula una frontera semiótica: “...es la suma de los traductores-filtros- bilingües pasando a través de los cuales un texto se traduce a otro lenguaje (o lenguajes) que se halla fuera de la semiósfera dada” (Lotman, Op. Cit.:24)

En “El testigo” hemos propuesto una lectura simbólica donde las mujeres que se presentan en la vida del protagonista representan distintos espacios culturales. Por lo tanto, la relación de Julio con Nieves lo une con la cultura mexicana, mientras que su matrimonio con Paola lo vincula con la cultura europea. Finalmente, Julio emprende una relación con Ignacia, y de esta manera se une a la tierra, al campo y vuelve a sus raíces. Asimismo hemos demostrado que el factor temporal resulta estructurante en toda la novela, dado que la mirada focaliza todo el tiempo en variados contrastes entre el pasado (ayer) y el presente (hoy) en que se encuentran tanto la nación como los vericuetos de la vida individual.

A partir del regreso puede constatar con su presencia los cambios que tiñen de caos la ciudad. Volver a la patria significa afrontar experiencias que necesitan de traducción constante para que el contacto entre distintas semiósferas adquiera sentido. La mirada de regreso se presenta como una oportunidad propicia para reconstruir el tiempo pasado y generar otros discursos que permitan nuevas miradas al presente.

La mirada que observa:

La conformación de un universo semiótico y el trazado de sus propias fronteras son procesos simultáneos. Cabe resaltar la importancia de la mirada, ya que la frontera podrá oficiar como tal según desde donde se mire. En “El testigo”, el protagonista atraviesa fronteras que no son sólo geográficas sino, sobre todo, semióticas. La intervención de la mirada en el México actual viene, en alguna medida, a alterar determinados órdenes. Su presencia presupone que las fronteras se crucen desplegando continuos mecanismos de traducción. Cada contacto con algún elemento del pasado, cada reencuentro, cada recuerdo, agita todo el espacio semiótico. Y de esta manera se hace dinámica y constante la producción de nuevos textos, de nuevos sentidos, generados por la mirada de Julio. Hemos estipulado que al revisar una parte de la historia nacional e individual, se conmueve todo el universo semiótico que recrea la obra, se reconstruye un mundo a partir de esa mirada contrastiva, ajena y distante. Dado que el que viene de afuera codifica de otra manera el mundo y los textos.

Al abordar la experiencia del exilio desde la literatura revisamos cómo se produce el

funcionamiento de la memoria desde el enfoque semiótico, destacamos en principio los diálogos que se despliegan en una cultura y sus múltiples interacciones. En la narrativa de Villoro se despliega con gran intensidad: el encuentro con el otro es un camino insoslayable cuando se trata de configurar en profundidad la propia identidad. En “El testigo” aparece la oportunidad de definir la identidad a partir del diálogo con la otredad. Es en el contacto con los otros cuando la identidad puede desplegarse con nuevas potencialidades y tomar conciencia de sus particularidades. En este dinamismo interpretamos el valor inigualable de cada cultura.

El trabajo de la memoria en la configuración de la identidad se complejiza en la novela con la condición del exiliado que vive de la nostalgia que le produce el pasado, lo que experimenta como un tiempo evocado y perdido. Se trata de una nostalgia propia del exilio, que a medida que va recorriendo los pliegues del pasado comienza a advertir sobre el futuro.

Hemos de recordar los planteos de Lotman acerca del espacio como lenguaje. A partir de esto, las actividades y roles sociales de los hombres son traducidas al lenguaje del espacio.

“...cada espacio tiene sus correspondientes habitantes, y, al trasladarse de un espacio a otro, ocurre como si el hombre perdiera su plena condición de idéntico a sí mismo, haciéndose semejante al espacio dado. Al tiempo que sigue siendo él mismo, se vuelve otro” (Lotman, Op.Cit.:84)

La semejanza entre el espacio y sus habitantes, y sus posibles transformaciones, afectan sobremanera al sujeto exiliado. Al abandonar el lugar de origen y habitar otro territorio ya no puede seguir siendo el mismo. Y cuando regresa puede percibir que el país que dejó años atrás también ha cambiado.

La figura del exiliado representa un modo de existencia a partir de la ausencia, donde la identidad se vuelve problemática. En esto leemos que su presencia en la tierra mexicana hace posible otra mirada sobre el contexto, generando contradiscursos. Regresa para cuestionar aquello que encuentra establecido, su voz cuenta con cierta legitimidad para decir desde otro lugar cómo ve el ejercicio de la política, la configuración de la identidad nacional, la función de los medios masivos de comunicación, la hegemonía del narcotráfico, la experiencia de inseguridad y caos urbano, el rol del intelectual en función de la hegemonía, entre otros asuntos.

Al tener en cuenta estos aspectos, caracterizamos al exilio como un tiempo de espera que tiene como principal esperanza la posibilidad de regresar. Durante el viaje de exilio se produce el encuentro del protagonista consigo mismo en un espacio ajeno. Se experimenta como un viaje prolongado, sin reposo. El estar fuera del espacio propio implica pérdidas en distintos niveles y representa de manera sustancial la pérdida de la oportunidad de arraigo y de identificación con un territorio. Hecho fundamental si consideramos que quedar fuera de este territorio significa estar

excluido del centro de poder. Entonces el regreso se reduce a la extranjería, vuelve y durante mucho tiempo seguirá siendo un extranjero en su propia tierra. El viaje lo impulsa para atravesar fronteras no sólo geográficas, sino semióticas. En los espacios y tiempos que se desplaza necesita traducir a su propia semiósfera todo aquello que ha perdido durante la ausencia y que demanda nuevos sentidos para su vida en el presente.

En síntesis, diremos que el viaje que nos ofrece la literatura es también testimonio de lo permanente y lo cambiante de la cultura. La novela de Villoro nos invita a pensar desde la literatura, qué y cómo afectan los procesos exiliares en Latinoamérica.

Bibliografía

Corpus literario:

VILLORO, J. (2004): El testigo. Barcelona. Ed. Anagrama.

Bibliografía general:

AAVV. (2007-2009) Informe final Literatura entre dos orillas: reenvíos y pervivencias. UNaM – FHCS – SinvyP

AAVV. (1997) Diccionario ilustrado VOX. Latino-español/Español-latino. Barcelona.

BIBLIA DE JERUSALÉN (1975); Epístola de San Pablo a los romanos. Bilbao, Editorial Española Deslée de Brouwer.

BLANK- CEREJIDO F; YANKELEVICH P. (COMPILADORES). El otro, el extranjero. Bs. As. Libros del Zorzal. 2003.

COROMINAS, J. (1961) Breve diccionario etimológico de la lengua castellana Joan Corominas. Ed. Gredos.

KRISTEVA, J (1978; 1981) Semiótica 1, Madrid, Editorial Fundamentos.

.....: Semiótica 2, Madrid, Editorial Fundamentos.

LOTMAN, Y. (1996): La semiósfera 1. Semiótica de la cultura y del texto. Madrid, Cátedra.

MOLLOY S; SISKIND M (editores) Poéticas de la distancia. Adentro y afuera de la literatura argentina. Bs. As. Grupo editorial Norma. 2006.

SCHMUCLER H(2008) “Una marca de la condición humana” en Revista de cultura Ñ, edición N° 234, Año V. Bs. As. Argentina. Clarín, publicado el sábado 22 de marzo de 2008, Bs. As. Argentina.

TURSI, A. “Teoría general del exilio” en Revista de Cultura Ñ. Bs. As. Clarín. N° 234. Año V. Pág. 12-13.

ZECCHINI DE FASANO G. (2008) “Exilio y fuga: resonancias de Odisea en Borges y Bioy Casares” en MINELLONO M. (Comp): La distorsión del espejo. Estrategias de la representación en

textos de literatura argentina y comparadas. La Plata. Ediciones Al Margen.

Bibliografía disponible en Internet:

AAVV <http://www.literaturaviajeyutopia.blogspot.com>

Duran M. “Del exilio como forma de vida” disponible en <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v10/duran.html>. (disponible marzo 2008)